

---

## UN ESTADISTA BRITÁNICO

y

## UNA DINASTÍA MOSCOVITA.

---

Ha muerto el judío Disraeli, que, entre los títulos y honores adquiridos durante su larga vida pública, tuvo el pomposo de lord Beaconsfield. Gran pérdida para la causa de los conservadores en la Gran Bretaña. Por muy superiores que aparezcan los pueblos y las instituciones á los individuos, no puede nunca desconocerse que en estas grandes inteligencias se iluminan las generaciones, y en estas vidas excepcionales se aumenta la vida general, como los caudales de un río con los tributos de sus afluentes. Una de mis mayores penas por la expulsion de los judíos, que tan sin motivo decretaron los Reyes Católicos, dimana de la consideracion tristísima del número de ingenios de primer orden que, á causa de tanta iniquidad, perdimos en la sucesion de los siglos.

El mayor filósofo de los tiempos modernos, Espinoza; el más ilustre hijo de la Venecia contemporánea, Manin; y el estadista ilustre que en Inglaterra hoy ha muerto, pertenecían á la raza hebreo-hispana, tan rica en grandes hombres. Sucede con los judíos españoles exactamente lo mismo que sucede con los árabes españoles; son los más ilustres de todos los suyos, unos y otros, en la moderna historia. Disraeli tenía el carácter aventurero de los españoles y la tenacidad inquebrantable de los judíos; en su mente brillaba la fantasía andaluza unida con la fé semítica; el «no importa» de nuestros padres le valió para empeñarse en guerras titánicas por ganar un nombre ilustre y una posición brillante; y esa esperanza inextinguible de sus profetas le mantuvo en la espinosa ascension desde la infamia horrible á la gloria inmortal, y le dió fuerza para cumplir vocaciones que parecían destinadas á estrellarse contra el escollo más insuperable, contra la superstición religiosa y social de una oligarquía aristocrática. Pocas historias tan románticas, en verdad, como la historia de este hijo de una raza maldita, elevado á primer ministro de una monarquía cristiana y patricia en el pueblo más pagado de su prosapia y de su sangre. Nacido bajo tan abrumadoras maldiciones, habia de soñar, como soñaban sus progenitores, en Babilonia y en Ní-

nive, apocalípticamente. Por tal razón sus primeras ideas toman subido tinte socialista, y forman una especie de epopeya, en la cual arde vivísimo el deseo de renovar con renovación súbita desde el planeta hasta la humanidad, y desde los intereses económicos y materiales hasta los orbes sideréos. Mas pronto habia de cambiar esta ideal adoración á ciertas abstracciones por el culto egoísta y continuo á su propia persona. «El mundo, decía, es una ostra, y yo lo abriré con mi espada. El mejor medio de abrirlo en el pueblo británico es abrir las puertas del Parlamento.» Disraeli, que gozaba de una buena posición, se presentó en varias elecciones y devoró amargas derrotas. Por fin, una de esas familias que poseían colegios en feudo le dió un acta; y esta acta le abrió, como un talisman verdaderamente mágico, los áureos alcázares de la fortuna y del poder. Disraeli cambió de ideas y perteneció al partido conservador. Parecióle más fácil medrar halagando los instintos de las clases poderosas que combatiéndolos; y el plebeyo, más que plebeyo, el pária de otros días, lanzado de la sociedad política y civil, se transformó en jefe de los nobles y en cortesano de los reyes; y el judío, converso al protestantismo, descendiente de los oprimidos, cuyas creencias se arrancára del alma, pero cuya sangre no pudo arrancarse de las venas, se alzó

á protector de los opresores, juramentándose como paladin de la intolerante Iglesia anglicana; y el socialista se constituyó en conservador, caritativo que sostenía los templos antiguos despues de haber querido derruirlos; apóstata que alimentaba los viejos privilegios despues de haber querido incendiarlos. Dos cualidades tenía el jefe de los conservadores muerto: una imaginacion romántica, que le daba raras aptitudes para la novela, y una elocuencia sarcástica, que le daba raras aptitudes para la elocuencia parlamentaria. Sus obras de literatura no pueden compararse á las obras maestras de Dickens, modelos acabados de la novela británica, pues pecan todas de difusas; sus discursos no pueden compararse, no, en rara elocuencia á los discursos de Bright, ni en copia de ideas á los discursos de Gladstone, pues todos pecan de combatientes por exceso; mas, de todas suertes, merece contarse entre los escritores y los polemistas notables. Sus enemigos, sin embargo, lo han maltratado mucho con esos calificativos brutales, propios de los ingleses, y que tanto se asemejan á sus rudos puñetazos. Bright dijo de él que no tenía ni moralidad pública ni privada; Gladstone lo comparó á un payaso que hace contorsiones para provocar á risa y suena los casca- beles para llamar el público interes sobre su persona; Duff lo confundió con Félix Pyat en el

desarreglo de la fantasía, en la vulgaridad de la inventiva, en la extravagancia de las ideas, en los cambios bruscos de creencias; un Félix Pyat demagogo por naturaleza y convertido por egoismo á protector de la Monarquía y de la Iglesia. Pero Disraeli, que brillaba en los discursos sarcásticos cual en ningun otro género de elocuencia, devolvía golpe por golpe á todos sus enemigos, y los insultaba con esa libertad de lenguaje que no tiene allá entre los ingleses ni siquiera la sancion del duelo. En los últimos tiempos se dió á la política de aventuras y de engrandecimientos, deseando convertir la corona de Inglaterra en vasto y cuasi legendario Imperio. De aquí su decision por dar á la monarquía británica el carácter de satélite del vasto Imperio indico. La sangre oriental en las venas le hervía cuando miraba los celajes del Himalaya y las aguas del Ganges, y á su lado las cunas sagradas de todos los dioses, las raíces eternas de todos los templos, las larvas primeras de todas las ideas. Así, envió al príncipe de Gales á su fantástico viaje por las selvas paradisiacas, donde el género humano comenzó su carrera, y le hizo entrar en las pagodas pobladas de ídolos, ir bajo los palanquines de oro á montar en los elefantes de color sagrado, asistir á procesiones, en las cuales aparecían los príncipes tributarios, que lanzaban á los piés del fu-

turo monarca las perlas de los mares y los diamantes de las montañas, con todo lo cual podría creerse un semidios en la tierra. Como consecuencia de esta política, el título de Emperatriz á la reina Victoria; la estrecha alianza con los emperadores férreos y con los imperios fuertes del Norte; la posesion de la isla de Chipre; la entrada triunfante en Candahar; la conquista ruidosa del Transvaal; las pretensiones sobre Egipto; la política de engrandecimientos y de aventuras. Sobre todo ese poema cayó ¡ay! el pesado veredicto de la última derrota electoral, y sobre todo ese poeta cae ahora la eterna noche del sepulcro.

Nadie nos gana en profundo y verdadero entusiasmo por la causa de Grecia, que creemos unida con la causa de toda civilizacion y progreso. Desde los comienzos de la guerra oriental dijimos que la existencia de Grecia unida y libre allá en Oriente nos importaba mucho, como la existencia de Italia unida y libre aquí en Occidente. Los pueblos eslavos, los pueblos latinos de la gran península de los Balkanes, han menester una confederacion democrática entre sí; pero esta confederacion democrática necesita, para tener unidad, libertarse definitivamente de los turcos y huir de la letal tutela de los rusos; necesitan, decia, una direccion, ó con mayor exactitud, una hegemonía de Grecia. El Congreso de Berlin se

reunió cuando estas ideas se hallaban como diluidas en los aires, y las respiraron sus diplomáticos y las redujeron á fórmulas prácticas en sus protocolos. El Epiro y la Thesalia quedaron consignados á Grecia. Mas el Imperio turco sabe con profundidad hasta dónde alcanza la validez de los acuerdos diplomáticos, y se propuso desbaratarlos con destreza. Entre tanto, Grecia creyó que bastaba un artículo promulgado para que fuera cumplido, y reclamó la fiel observancia de los decretos dictados por la voluntad general de Europa. El turco reúne, como la raza mongólica en general, á la fuerza del tártaro la doblez del chino. Gran guerrero, su valor no obsta para que tenga tambien, por su particular temperamento, la astucia de los débiles. Y se propuso ganar por su histórica habilidad lo que perdiera por su irremediable decadencia, y oponer la notoria habilidad de sus artimañas á los inflexibles decretos del destino. Empezó por resistir la entrega de Dulcigno á Montenegro, con el fin de mostrar cómo resistiria la entrega del Epiro á Grecia. La demostracion naval sólo demostró la imposibilidad de un concierto europeo y la destreza y la penetracion de los turcos. Tras esta triste campaña comenzaron las dos potencias occidentales más devotas de Grecia y sus derechos á disuadirla de todo ataque violento, y meterla en el camino de

las concesiones y de los acomodamientos. Resistió Grecia con resolución, armó sus reservas á costa de inmensos sacrificios, amenazó con la guerra, porfió con lamentos, y mostró la resolución verdaderamente inquebrantable de fiar á las armas el acaparamiento de las prometidas reivindicaciones territoriales y la defensa de sus antiguos derechos. Europa le anunció que no podía tolerar su impaciencia, y se reunió en nuevas conferencias para llegar á una transacción pronta y definitiva entre las demandas de la nación cristiana y las negativas del Imperio turco. Rectificóse la concesión antigua y se limitaron las fronteras antiguamente concedidas. Grecia pugnó por la totalidad de las promesas que le dieron y de las esperanzas que allegára. Mas el abandono total en que la dejaron sus aliados acaba de obligarla hoy mismo á una resignación. Mucho le ha costado, en verdad, pero no ha nacido aún ni en los cielos ni en la tierra quien pueda vencer un imposible. Y Grecia no ha tenido más remedio que aceptar la resolución de Europa. El pueblo se ha agitado, el ejército se ha conmovido, Atenas ha hablado con su natural elocuencia, el Gobierno se ha visto amenazado de una grande impopularidad, el Rey ha tenido que refugiarse en el Pireo; mas Grecia sale agrandada, y disminuida Turquía.

La dinastía rusa es terrible. Su historia da es-

calofríos, como la historia de aquellos antiguos atridas que se bebían su propia sangre. Los monstruos se suceden unos á otros, cual en esos períodos geológicos que sólo producen seres deformes y titánicos. Desgraciados hacen á sus súbditos, pero desgraciadísimos son ellos también. Cuentan que el Emperador hoy reinante decía en secreto á uno de sus camaradas de colegio, que sabía, y de muy buena tinta y por un verdadero milagro, cómo su bisabuelo, Pablo I, muriera asesinado, ni más ni ménos que si fuera una salvaje alimaña. Pues si le contáran la verdad, dijéranle que Alejandro I murió de melancolía negra, y Nicolás I murió de pena horrible, casi locos, casi suicidas, víctimas de una maldición, sin duda, porque Dios quiso mostrar en ellos la impotencia de los omnipotentes. Bien es verdad que no ha menester Alejandro III advertencia ninguna para averiguar cómo mueren los czares. Él ha visto su propio padre destrozado, como las presas desgarradas por los tigres en el desierto. La tierra le ha faltado bajo las plantas, como si á sustentarlo se negára, y el aire respirable ha estallado, como si hubiera en cada una de sus burbujas contenido un volcán horrible, negándose tierra y aire á prestarle la vida que le prestan al último de los insectos. Su trono ha sido un patíbulo; su diadema, peor que la triste argolla, cuyo siniestro